

# El arquitecto Ricardo de Robina / Luis Ortiz Macedo

Doctor en Arquitectura, profesor e investigador de la Facultad de Arquitectura, UNAM

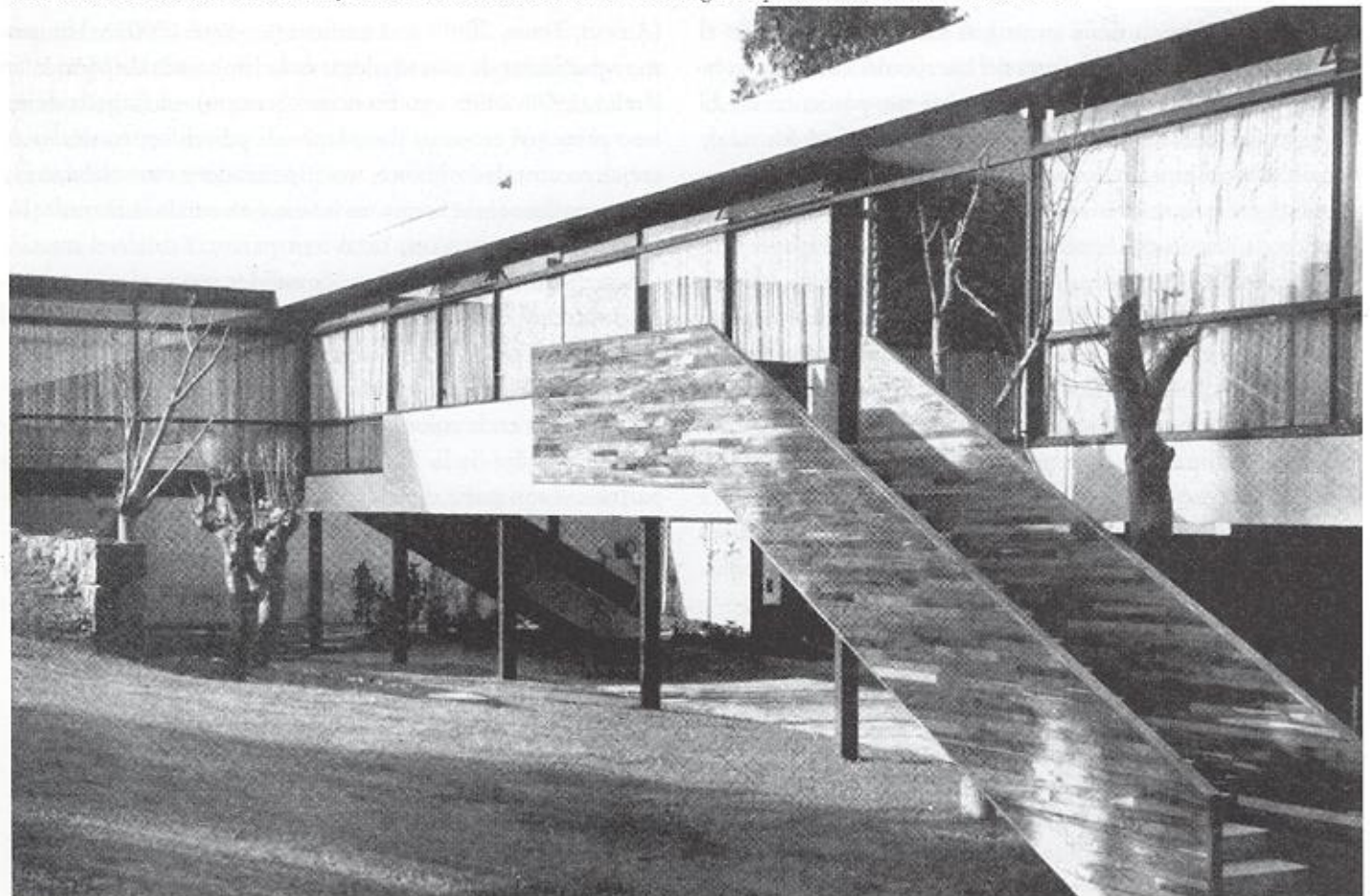
Conocí al arquitecto Ricardo de Robina recién ingresado a la Escuela de Arquitectura en el vetusto edificio de la Academia de San Carlos, en la cátedra de primer año de Historia de la Arquitectura. El maestro Robina tenía como auxiliar al ilustre arquitecto jalisciense Salvador de Alba, quien emigró a mediados de año a Guadalajara para hacerse cargo de la construcción de un edificio de despachos proyectado por la firma Robina y Ortiz Monasterio. El arquitecto Robina estaba en el zenit de su carrera profesional; como maestro, era acompasado, lento, y su sentido del humor amenizaba cada uno de sus juicios. Mis aficiones iban más por el lado del humanismo y de la geometría que por el de las ciencias matemáticas; así me vinculé estrechamente con don Francisco Centeno, Ricardo de Robina, el maestro Villagrán García, César Novoa y Vladimir Kaspé.

Cuando se constituyó el Seminario de Historia del Arte, a instancias de Robina, fungía como director Alonso Mariscal. Ahí pude conocer a los integrantes del Grupo de Viena (una hermosa entelequia que nos unió a muchos de los profesores de historia): Carlos Mijares, César Novoa Magallanes, Raúl Henríquez, Juan de la Encina, Ricardo de Robina y quien escribe.

Iniciamos la actividad del Seminario —presidido por el maestro Juan de la Encina— con algunos brillantes profesores y arquitectos, y reunimos a la mayor parte de los alumnos prominentes; así, atrajimos a José Manuel Mijares, Ricardo Arancón, José Luis Benlliure, y a los estudiantes Jesús Barba Erdman y Manuel Sánchez Santoveña.

El arquitecto Robina me convidó en 1958 a asociarme con él, Manuel Barrón y José Luis Ezquerro, pues acababan de ter-

Residencia, Ciudad de México, con Jaime Ortiz Monasterio. Foto Salas Portugal, *Arquitectura Mexicana* No. 45, 1945.





## Luis Ortíz Macedo y Xavier Cortés Rocha recuerdan la vida y obra del arquitecto Ricardo de Robina, uno de nuestros más destacados y queridos maestros.

minar su sociedad con Jaime Ortiz Monasterio; juntos construimos innumerables edificios y casas residenciales, y al ser nombrado por Miguel Alemán arquitecto del Consejo Nacional de Turismo, pudimos colaborar en proyectos de los principales centros turísticos de aquel entonces. Quien siguió por esa senda fue José Luis Ezquerro.

Ricardo y yo promovimos desde la Universidad de Guanajuato y la Escuela de Arquitectura de la UNAM sendos cursos preparatorios para la Especialidad en Restauración de Monumentos.

Su gran vocación humanística y las raíces de su educación lo motivaron en 1968 a fundar la División de Estudios Superiores de la Facultad de Arquitectura de la UNAM; en ella conforma la primera especialidad de la división con la Maestría en Restauración de Monumentos, e invita a célebres maestros, como Juan de la Encina, Fernando Chueca Goitia, los franceses Henri Jullien, Albert Chauvel y Pradel, el historiador español Antonio Bonet Correa y al presidente de ICOMOS internacional, Pietro Gazzola.

Su formación de arqueólogo lo motivó a organizar una expedición a las florestas de Campeche y Yucatán que recordaba a las de Alejandro von Humboldt. Con recuas, arrieros, guías y su amigo Guillermo Cuevas viajan por más de un mes a través de la selva; redescubren a Hochob, que les despierta la necesidad de dibujarla y medirla en detalle; ésta fue la tesis que Ricardo presentó para titularse de arquitecto. Ricardo, Eduardo Caso y yo descubrimos el conjunto llamado El Íncrito en la selva campechana.

Esta vocación y su solvente situación económica lo llevan a formar una gran biblioteca de tratados de arquitectura, temas prehispánicos y del México virreinal e independiente. Es una lástima que no dejara ningún vestigio escrito, pues tenía amplia cultura literaria y redactaba con gran soltura.

No hemos hablado de lo que le debe a Ricardo de Robina la arquitectura mexicana; junto a Mario Pani, Enrique del Moral, Augusto Álvarez, Ramón Marcos y Juan Sordo Madaleno fueron los más destacados de mediados del siglo pasado. Sus desarrollos turísticos y las diferentes construcciones que levantaron los arquitectos ya mencionados fueron dando forma a la Ciudad de México y a las de provincia en los años cincuenta. Fuimos juntos al Museo de Arte Moderno de Nueva York a recibir el primer premio de la Exposición de Arqui-

tectura Mexicana por el Edificio Valenzuela, Niza 33. Ahí conocimos al arquitecto Soriano, que trabajaba en Los Ángeles, a Philip Johnson, alumno predilecto de Ludwig Mies van der Rohe, también a Richard Neutra y a varios otros, y pude percatarme de la gran estima que Robina tenía entre estos connotados arquitectos.

Ricardo fue el pionero de los trabajos de restauración monumental con un enfoque contemporáneo y no arqueológico, en los proyectos del templo Santiago Tlaltelolco y la Catedral de Cuernavaca; siempre incluyó diseños de los artistas Goeritz, fray Gabriel Chávez de la Mora y Juan Rangel Hidalgo. Cuando la Catedral de México sufrió el incendio de 1967, las opiniones se dividieron por un proyecto *sui generis* de Ricardo; su ejercicio profesional en la especialidad continuó con el Claustro del Convento de la Santa Cruz de Tlaltelolco; el edificio de la Esmeralda en las calles de Madero y un sin número de obras, entre las que destaca el Colegio de las Vizcaínas.

Ricardo fue un explorador de la cultura; desde temprana edad descubrió su vocación en una escuela de España; con gran apetito por el conocimiento en antropología, arqueología, humanidades y arquitectura. Su estilo reflexivo se acompañaba siempre con ironía y algunos comentarios cáusticos, lo que nos mantenía atentos y cautelosos en el momento de compartir su erudición, talento y entendimiento del espacio urbano y arquitectónico prehispánico, colonial o contemporáneo. ☉



Fabrica de pinturas.